

# HETEROCITY

Colección Dedalus





*“ART. 32: (...) Serán hábiles para contraer matrimonio entre ellos el hombre y la mujer, ASÍ NACIDOS (...) Los matrimonios entre personas del mismo sexo celebrados o reconocidos bajo las leyes de otros países, y otras uniones que no cumplan con las condiciones establecidas por el orden jurídico salvadoreño, no surtirán efecto en El Salvador”.*

*“ART. 33:(...) Estarán habilitadas para adoptar las personas que cumplan con las condiciones que la ley establezca. Se prohíbe la adopción por parejas del mismo sexo”.*

**Reformas Constitucionales aprobadas el 30 de abril de 2009, San Salvador, El Salvador.**



Marvin tenía que aprovechar. Sin un socio de cacería, era un imposible imperativo para su exceso de orgullo paranoico y de pudor (que le hacía creerse un rostro destacado y reconocible dentro de los circos muy de masas) pensar siquiera en llegar y estarse solo en un lugar como “ese”, porque él, el estudioso, se volvía allí un animalejo blanco del escudriñar de más de alguno de los estudiados.

“La gente, y no solo de los circos muy de masas sino a todo nivel, no deja de zampar la nariz en lo que no le incumbe cuando alguien llega a estacionarse solo a un sitio concurrido casi exclusivamente por grupos de amigos en parranda, y entonces se preguntan qué hará ahí ese pendejo oscuro, de cara desencajada, cachorro de extraterrestre abandonado en la jaula de las hienas por un videoclip de Moby. ¿Será un turista perdido?, ¿un pobre diablo recién mandado a freírse el llanto por una de esas noviecitas con cara de monja que terminó sacándole las vueltas, en la pista central del circo, montando y desmontando el miembro de caballo de su jefe en la oficina?, ¿o un desesperado hormonal que busca, el muy desubicado, descargar la testosterona con alguna de las meseras maestras en cuidarse mucho de las propuestas impropias de algunos de los

más desatinados clientes-siempre-tienen-la-razón?, ¿o un maricón, qué asco, que busca que un borracho que ya no sabe cuántos dedos índices tiene en la siniestra, le haga una explosión en el esfínter tras un célere bombeo precursor (en ese caso el indagador de propósitos acompañará su inquisición visual con un gesto desaprobatorio, ceñudo y desafiante, faltaba menos), ¿o un tipo muy cancha que se cree que puede venir a untar la suprema seguridad que tiene en sí mismo en sus narices?, ¿o nada más un marginado consuetudinario? En todo caso el tipo da dos cosas: lástima o rabia, es un ser que amerita ya sea la misericordia o la desaprobación de los otros y su honesto agradecer en silencio el que sea él quien se traga ese rol de solitario en lugar concurrido y no ellos, uff, qué alivio”, le había dicho Marvin a Jared en el otro café, el de años después, el de siempre desde entonces, el del centro comercial.

Con Hermes (una de esas pocas personas con las que Marvin podía tener una conversación casual, variopinta, exenta de los extremos de intelectualismo que contagian las conversaciones entre quienes de una u otra manera se relacionan con las artes plásticas y la literatura: plática entre amigos la de Hermes, sin poses ni malabares, sin carpas de circo multicolor, maestro de ceremonia y animales entrenados —jirafas, tigres, elefantes—) había quedado a las ocho en el Don Pedro aquella vez. Marvin se había propuesto llegar media hora antes con el maldisfrazado fin de estudiar a los parroquianos en el ambiente del Café de Don Pedro de Merliot, un Drive-Inn al estilo cincuentas y sesentas que ofrece amplio espectro de especímenes que ejercen la irresistible atracción de sugerir canteras de historias detrás de sus rostros comunes, charlas oblicuas, poses, vestimentas e indiscreciones y temblequeos de once o doce cervezas bebidas en fila india apurada por una legión de docena y media de meseras maestras en el oficio de aguantar sonrientes los desatinos y supuestamente chistosos comentarios de entre-pedidos de los clientes-siempre-tienen-la-razón.

El caso era que Marvin sabía que no estaría solo esa noche, por eso podía darse el lujo de aprovechar un momento solo para

estudiar el sitio mientras Hermes aparecía. Que pensarán lo que quisieran de él; ya después, cuando Hermes apareciera, se darían cuenta de que el solitario lo era solo de momento, un amigo que esperaba al amigo para tomarse un par de tragos y que entonces todo estaba *okay*, *cool*, ¡qué susto!

Marvin había llegado faltando veinte a las ocho porque antes de salir de su casa se había dicho que era demasiado tiempo esperar media hora solo en el café. “Sentí angustia al ver que el parqueo estaba casi lleno y que todos los habitantes de Merliot y Santa Tecla parecían haberse congregado en el Café de Don Pedro esa noche”, le dijo a Jared en el otro café, el de años después, el de siempre desde entonces, el del centro comercial en donde le daría un beso por primera vez. Pero en el otro café había estado a punto de pasar de largo e ir a dar unas vueltas “por ahí” para consumir un poco más de ese tiempo temible masticón de solitarios en que estaría, ¡pues eso: solo!, pero de pronto había recordado que se había propuesto aventuras nuevas, qué diablos, y eso incluía, comúnmente, exponerse a situaciones desconocidas, por muy incómodas que estas le parecieran. Había llenado los pulmones de aire y había dirigido su Honda-cacharro-celeste hacia el estacionamiento. Solo hasta cuando apagó el motor había soltado el aire y tratado, luego, de adoptar esa actitud de despreocupación que llevaban en sus rostros los modelos de los desfiles de moda que esa misma tarde había visto por la fashion tv. Solo hasta que creyó haberlo logrado salió del auto y se dirigió, como en pasarela, hacia adentro del salón principal del Don Pedro, en donde cada mirada indiscreta era el flash de una cámara.

Había entrado por un costado. Esperaba ubicarse en una de las pocas mesas para dos que sabía (de los recuerdos de otras veces que había visitado el sitio) estaban colocadas contra la pared de entrada: eso le evitaría caminar hasta la barra y ostentar en exceso la osadía de haber llegado, ¡pues eso: solo! Imposible, todas las mesas ocupadas. No habiendo más opción, había clavado la mirada en una de las bancas que desde esa distancia pudo distinguir disponibles

en la barra y se había enfocado en caminar directo hacia ella. A la izquierda, a una distancia de una banca de por medio, estaba una pareja de novios; a la derecha, a la misma distancia, otra pareja de novios. De inmediato se percató de que había sido un atentado contra su afán de pasar inadvertido el irse a meter justamente en medio de las presumibles dos parejas de novios: eso hacía resaltar su condición de solitario. Pero ya estaba, no iba a torturarse la mente pensando en eso. Tenía veinte minutos por delante y esos los usaría para hacer el estudio del lugar que había llegado a realizar mientras esperaba a Hermes.

Pidió una cerveza en botella. Le había dado dos tragos gemelos luego de limpiar la boca del envase con una servilleta y verificar que alguna herrumbre había logrado quitarse del hígado con esta simple medida higiénica que había convertido en hábito desde los tiempos de parranda estudiantil. Una pantalla de tv estaba convenientemente ubicada a la derecha de la barra, y pasaban un concierto de Phil Collins por el circuito cerrado. Marvin había aprovechado para contarle a Jared que no le gustaba tanto ese Phil Collins comercial que dio al traste con el Genesis de Peter Gabriel vestido de hombre viscoso, de hombre flor, de hombre langosta, de hombre mujer. Pero era un rostro conocido que le había ayudado a disimular siquiera un poco y por ratos ese ajeteo de abandono que le sucedía por dentro y que no podía dejar de sentir muy a pesar de estarlo disimulando con solvencia, uff.

De pronto había dirigido su mirada hacia la pareja del lado derecho: una muchacha rubia artificial de unos 18 años vestida muy a tono con la categoría del Don Pedro (“por muy ecléctica que sea la marea de parroquianos del Don Pedro”, le había dicho a Jared en el otro café, el de años después, el de siempre desde entonces, el del centro comercial en donde le daría un beso por primera vez y se ganaría las malas miradas de los consuetudinarios dinosaurios, “siempre tiende a usar ropas adaptadas a la comunidad del sitio, no interesan las razones: jeans, camisetas, algo de playa y de casa, casual sin pompa y tallas relajadas), y un moreno de bigotes, corpulento

y panzón, de aspecto de estibador de bodega, pero que se le había antojado a Marvin ser un ejecutivo de ventas, quizás por el móvil de lo más actualizado que había puesto a descansar a su diestra. El tipo había comenzado con la rubia artificial una discusión de tonos medios y dicterios sofrenados que, a causa de la pésima acústica del salón (cosa que Marvin siempre había odiado del lugar: era como estar dentro de la iglesia del colegio donde había estudiado la primaria, en la que las voces parecían estrellarse contra las paredes y ventanas y hacer nacer de las explosiones ecos culposos emitidos por almas en pena) no había podido descifrar más que fragmentariamente. Pronto la mujer había salido gesticulando y el hombre había empujado hasta arriba la botella de cerveza para disimular que se quedaba solo. Desde ese momento había un obligado cómplice a la par de Marvin, colega en el oficio de estar, ¡pues eso: solo!, que lanzaba de cuando en cuando miradas de incomodidad hacia todos lados. Entonces Marvin había sentido alivio al pensar que no había nada peor que haber quedado solo luego de estar en compañía. El hombre no hallaba qué hacer con las manos, con los ojos, con el envase y con el resto del Café de Don Pedro que de pronto se le había convertido en treinta o cincuenta pares de ojos viéndolo. Marvin había pensado en las parejas que comen en los restaurantes, y había reconocido en el compañero la misma tensión azarosa revelada por uno de ellos cuando el otro se levantaba para ir al baño. Al solo poder, el hombre había pedido la cuenta y se había largado aturdido, esforzándose en caminar con dignidad. Entonces, la verdad, Marvin se había sentido abandonado por él. No hallaba si doblar las piernas, si apoyar el brazo en la quijada para ver las payasadas que hacía un ridículo Phil Collins acompañado por el vocalista de Earth Wind and Fire, o si mover un poco la banca para abrir la panorámica al salón, y estudiarlo, o, por el contrario, abandonar el propósito original y mirar hacia los vasos y jarras de la barra y olvidarse del resto de los habitantes don pedrinos. Había optado por abrir la panorámica y estudiar las ropas ya clásicas de las meseras: vestido rosado con mandil también rosado con ribetes

blancos, mocasines blancos como de enfermeras, cómodos para los kilómetros que tendrían que recorrer en los ires y venires hacia y desde las mesas, y gorro blanco con un don Pedrito en azul estampado o bordado, no había podido definirlo, como sí definió que las gorras encubridoras de cabellos iban ancladas a estos con juegos de hasta cuatro o cinco *ganchos sandinos* por los lados y seis o siete por detrás.

La atención de Marvin había sido de pronto atraída por los integrantes de un grupo en el que parecía haber estallado un burbuja de cristal (tan fino que ni ruido había hecho), desparramando los fragmentos de una risa intensa que tomaba cuerpos y tonos distintos en las bocas de los miembros de la mesa. Eran tres: dos chicos de unos veinte años y una chica algo menor que sus acompañantes. De entre los tres, el de camiseta negra había sido como un imán para los ojos de Marvin: tenía un rostro recio que le había hecho pensar en guerreros tebanos y en amantes de Alejandro Magno, pero también..., ¿en quién?... ¡En quién, Dios suyo, en quién!... ¡Claro!, en este chico del chat gay con el que había charlado por más de dos horas hacía unos días, y que le había terminado enviando una foto de perfil, en la que sonreía con ojos entrecerrados y era blanco y luminoso como el tebano chico recio de la camiseta negra. Podría ser o podría no ser, no importaba en realidad, de todos modos él no podía visualizarse poniendo una emboscada al tebano chico recio de la camiseta negra en su búsqueda de baño, persiguiéndolo o saliéndole al paso y diciéndole que había charlado con él en el chat. No, no, esas maneras no iban con él. De pronto había podido darse cuenta de que luego de las orillas más al margen de las cortas mangas de la camiseta negra del tebano chico recio, había un mar de brazos que levantaba sus olas en bíceps y tríceps de lo más surfeables que había visto en mucho tiempo: sol y playa irradiaban esos brazos exactos cuya definición y volumen eran un pegamento visual para moscos como él, que tenían que buscar a tientas, a sus espaldas casi, el envase de cerveza y dar un trago de ahogados náufragos para que la jeta no se les desplomara en el suelo y la espuma

de la resaca marginal de sus respectivas bocas no les lamiera los pies, en ese margen arenoso desde donde contemplaban un espectáculo tan apoteósico. Claro que el plural era singular en el caso que le había relatado a Jared: él era el mosco de la noche, el mosco del Don Pedro. Desde ese instante los puntos focales de su indagación habían sido: la tele del fondo de la barra (en donde en ese instante pasaban un desconectado de Alejandro Sánz), las aguas afuera de las orillas de las mangas de la camiseta negra del tebano chico recio sentado a la mesa de enfrente (las adentro se las imaginaba, y temblaba de masoquista placer imaginando suicidarse en ellas aunque mal paguen), y una isleta más allá, un chico que lo había seleccionado a él como uno de sus puntos focales, y a quien Marvin ya odiaba porque le hacía comedirse en el surfeo visual que insistía en hacer sobre las olas de los bíceps y los tríceps del tebano amante de Alejandro Magno posible amigo del chat. De pronto Marvin pedía la segunda y miraba la hora: diez minutos habían pasado de las ocho y de Hermes ni los cachos. Entonces entró en pánico: ¿y si Hermes había olvidado la cita? Era probable, porque la tal cita la habían pactado por correo electrónico hacía más de cuatro días (algo demasiado demandante en estos tiempos de memoria primaria), sin posterior confirmación. De ser así, Marvin se habría puesto en una situación en la que jamás se hubiera puesto sin tener el respaldo del alero que ya venía en camino, y sería el solitario de la noche, la pesadilla de las indagaciones de los parroquianos, la parroquiana pesadilla de los indagadores (que se preguntarían si era él un turista perdido, un pobre diablo recién mandado a freírse el llanto por una de esas noviecitas con cara de monja, un desesperado hormonal que buscaba, el muy desubicado, descargarse la testosterona con alguna de las meseras, un maricón, ¡qué asco!, o simplemente un marginado consuetudinario) se volvería realidad y su idiota orgullo quedaría por los suelos o su suelo idiota quedaría sin orgullo. “Ya está”, se había dicho, apurando medio contenido de cerveza del segundo envase. Le importaba un demonio y la mitad del otro lo que pensarán los indagadores de su suelo idiota o de

su orgullo, con tal de que el mejorado y embellecido Neptuno de las olas en manga no dejara de estar ahí frente a él, untándole en el rostro la indecencia de sus playas nudistas tan provocativas, la provocación de su indecencia tan playera. ¿Serían amantes con el otro chico? ¿Sería la chica que los acompañaba el escudo protector de las habladurías? ¿Cómo se sentiría estar con él, chocar el arrecife de un torso igual de recio, viril, contra la fuerza de sus reventazones, tocar con ancla el lecho marino de sus glúteos, navegar sus piernas, soltar amarras en sus ojos y zarpar a un viaje de lenguas en su boca, a la deriva, *¡aye aye, Sir!*? Y entonces había deseado haber pasado los dos últimos años de su vida sumergido en gimnasios y rutinas, formando olas hawaianas de diez metros en sus brazos, en lugar de haberse encarcelado en casa en sus horas libres para escribir las novelas de puerca que nadie nunca leería. Tal vez los dos años de gimnasio y rutinas le habrían dado el valor requerido para montarle la emboscada, seguirlo, gritarle ¡al abordaje! como bucanero y decirle que tal vez, quizás, habían charlado dos horas por el chat hacía unos días, o simple y llanamente que deseaba coger con él, ¡qué calor, uff!